

Oscar Hahn

Por María Carolina Geel

Pródigo en publicaciones poéticas de muy alta calidad ha sido el año que termina. Y aquellos poetas colocados ya en la cumbre dejaron demostrado que la poesía se zafó definitivamente y sin desgarramientos del peso desmesurado y tiránico de los bardos sacros: Neruda, Parra. Verdad es que al bajar hacia cierta medianía, siguen imperando, notoriamente el segundo, sobre muchos, y entre éstos con una mezcla algo desabrida de poesía anglo-americana. Otros, ya en peldaños más bajos, dejan la impresión de que un día cualquiera se sentaron a una mesa y pergeñaron, con grafismo métrico, lo que llamaríamos una conversación sin asunto, asaz misérrima de enjundia, en una esquina de barrio.

Y es que ocurre que los grandes poetas son grandes, entre otras cosas, porque no pueden ser emulados; o lo son a medias.

Publicaron libros de poemas, trascendentes para nuestra historia literaria y fausto para los que leen, los siguientes (nombres, en todo caso, tomados de los libros que llegaron a nuestro conocimiento), por orden de fecha: Renato Yrarrázaval, González Urizar, Gonzalo Rojas, David Rosenmann y, en estos días, Oscar Hahn.

Antes de seguir y como homenaje a uno de los mayores, que se fue, exaltamos el nombre de Juan Guzmán Cruchaga con su libro postrero, *Sed*, y a quien podría definirse en un su hermoso verso: "mi corazón quería el más lejano sueño".

Y bien, Oscar Hahn. Será el suyo el último nombre que destacamos de la poética aparecida en el año.

Hay que comenzar partiendo de una disparidad, porque es inevitable aludir aquí el comentario que hicimos a un estudio suyo sobre una de las primeras obras publica-

das por Vicente Huidobro. Con dicho estudio, de corte estructuralista, no concordamos en absoluto. Hélas!, el estructuralismo..., nos resistimos a fondo a su léxico prefabricado, esquinado, vacío. La parte de utilidad que algunos le reconocen como apertura para "entrar" en el mundo de la poesía, personalmente nos parece al revés, o sea, una barrera para la gente joven, un buen camino para empezar a detestar la lectura de aquella. Este rechazo nuestro, resultado de atentas lecturas, aumenta, si cabe, cuando el estructuralismo se introduce en otras disciplinas como la antropología, la sicología, etc.

Leyendo ahora este libro de Hahn (*Arte de Morir*, Editorial Nascimento 1979), vuelve la sorpresa que entonces tuvimos en cuanto a que un poeta de la calidad del creador de uno de los más perfectos y bellos sonetos escritos en Chile, "Gladiolos junto al Mar" (en el que se denunciaba una naturaleza poética profunda, una rara maestría sobre la posibilidad de las palabras en su mutuo contacto, y, algo muy difícil de hallar aun entre los mejores: la ponderación acabada entre el deleite de la forma y el símbolo de la imagen), que un poeta así dotado, decimos, acogiera aquel pedante floreo como base de su estudio.

Suponemos que Oscar Hahn escribe poesía hace más de 10 años. Sin embargo, es éste su primer libro, habiendo publicado antes sólo en revistas o grupos. Esta parquedad, que lo realza por cierto, le ha permitido ejercer en su obra aquella famosa *contrainte* (exigencia) de Gide sobre la creación, el ardiente y casi duro trabajo para una legítima y muy nueva estética de la forma. Ello puede percibirse desde el título: *Arte de Morir*. Gran belleza; gran sugerencia.

Todo poeta reitera alguna metáfora o representación. En este libro se percibe, reiterada, la voz *agua*. Desde luego, titula dos poemas, "Agua geométrica" y "El agua". Este último, que no transcribimos debido a su disposición gráfica difícil para un artículo periodístico, es una joya alada, aunque terrible, inesperado trazo metafórico del *morir tenemos*.

Ambos poemas se apoyan en el sentimiento de la muerte, *leitmotiv* que recorre toda la obra de Oscar Hahn. Pero se diría que su expresión va paralela, siguiendo el acento de una totalidad poética, es decir, no es de expresión elegíaca ni su patetismo altera la eufonía del conjunto.

En cierta lejana ocasión elogiamos un poema de Hahn, "El Púber Pálido", elogio que promovió consideraciones muy contrarias. Para nosotros, asomaba aquella nueva estética arriba aludida. De él extractamos:

El Púber Pálido

Los crecimientos y el espejo lampiño
que se cubre de vellos, la ciencia
del mal conocen y el parco rugido
del sexo aullador, aullador.

(Musgos llenos de miel tiene el joven
vías lácteas de origen terrestre,
y en ellas el demonio alimenta
sus criaturas de sal celestiales.)

Se observa en este volumen una alteración gráfica, al parecer voluntaria, del soneto. Puede éste pasar inad-

vertido y sólo el ritmo y la musicalidad, grandes aliados de la poética de Hahn, permiten percibirlo.

Sostenía Saint-John Perce que la sutilidad y la claridad de la expresión son concomitantes de la sutilidad y la claridad de la comprensión de quien lee. Aunque de manera distinta y modestamente, hemos sostenido lo mismo. De donde puede deducirse que si escasos son los verdaderamente grandes poetas, también lo son los grandes lectores...

Como el espacio se termina, lo dejamos para transcribir el incomparable y ya célebre soneto, recogido por Alone en una selección de las mejores poesías:

Gladiolos junto al Mar

Gladiolos rojos de sangrantes plumas,
lenguas del campo, llamas olorosas,
de las olas azules, amorosas,
cartas os llegan, pálidas espumas.

Flotan sobre las alas de las brumas
epístolas de polen numerosas,
donde las aguas piden por esposas
gladiolos rojos de sangrantes plumas.

Movidas son las olas por el viento
y al pie de los gladiolos van besando,
al son de un suave y blando movimiento.

Y en cada dulce flor de sangre inerte
la muerte va con piel de sal entrando,
y entrando van las flores en la muerte.